ΣΟΦÍΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

EL PORVENIR DE LA SOCIEDAD TEOSÓFICA

I

El porvenir de la Sociedad Teosófica puede ser considerado desde dos puntos de vista: el del inmediato y el del más remoto. Voy á empezar hablándoos de este último, pues únicamente comprendiendo su naturaleza nos será posible descubrir los medios prácticos para su realización. En toda empresa humana es, en efecto, necesario elegir un objeto hacia el cual tiendan todos los esfuerzos, y la naturaleza de este objeto determinará la elección de los medios. Uno de los más grandes errores de nuestra vida actual es, á mi juicio, el que sólo se procura vivir la vida del momento, aprovechando todas las ventajas que se presentan y tratando de producir algo que represente un beneficio más ó menos pasajero, sin preocuparnos de profundizar, sin cuidarnos de considerar si en muchos casos no conducirá este mejoramiento en lo sucesivo á un mal mayor que aquel que se trata de remediar. Y sería preciso, cuando menos en la S. T., donde tratamos de estudiar y comprender un poco las tendencias y las fuerzas que actúan á nuestro alrededor en la vida, sería preciso, digo, procurar evitar este error, generalizado en nuestra época, esforzarnos en ver el fin adonde nos dirigimos, y elegir, según nuestros medios, el trabajo inmediato. No cabe duda que al hablar del objeto y del fin, empleo estos términos en un sentido relativo y no en un sentido absoluto, quiero dar á en-

tender un objeto colocado á una distancia apreciable y que, por consiguiente, puede ser considerado como el punto hacia donde converjan los senderos que seguimos. Consideremos, pues, desde el principio su naturaleza y los métodos que nos pueden llevar á su realización aquí abajo.

Todos los miembros de la Sociedad Teosófica han aprendido á conocer la ley de los ciclos; de modo que estamos acostumbrados á ver que los acontecimientos tienden á reproducirse en niveles sucesivos, y siempre más elevados: es lo que se ha llamado «espiral de la evolución». Pues si bien es verdad que la historia no se repite en el mismo nivel, es igualmente verdad que se repite en niveles más elevados; y todo aquel que estudia las enseñanzas teosóficas concernientes á la evolución humana, á la de los globos, á la de los sistemas y de los universos, podrá facilitar mucho sus estudios asimilando las verdades fundamentales que sirven sucesivamente de base á cada una de estas evoluciones. Continuamente repetimos en un plano más elevado lo que hemos hecho en un plano inferior. Nuestras mismas frases son una serie constante de repeticiones, de suerte que, si comprendemos su significado en una serie, seremos capaces de comprender su valor en las demás. Así, pues, he indicado á menudo, con relación á estos ciclos y á estas frases repetidas, que entre los indos, y en las escrituras sánscritas, se encuentran determinadas series de expresiones, cuyo sentido varía según la que sirve de punto de partida; de modo que una vez comprendidas, se pueden aplicar á todos los casos particulares. Citemos un ejemplo bien conocido. La palabra *Samadhi* es un término relativo y el último de una serie que se relaciona con la conciencia en estado de vigilia y con el plano en que se encuentra el centro de cada uno. Antes de poder decir lo que significa la palabra *Samadhi*, es conveniente saber en qué plano actúa normalmente el centro de conciencia de cada uno; sabido esto, se podrá ascender de grado en grado hasta llegar en la serie al término representado por la palabra *Samadhi*. Este hecho se repite constantemente en nuestras enseñanzas teosóficas, y vemos, sobre todo, que es una gran verdad en lo concerniente á los signos característicos, tan importantes desde este punto de vista especial, de las grandes Razas, las Razas-Raíz, tal como las vemos representadas en las subrazas de cada gran Raza Raíz. Si en el ciclo subracial menor, el más próximo á nosotros, logramos

descubrir estos signos característicos; si conseguimos seguir sus huellas y ver cómo fueron producidos en el curso de la evolución, entonces nos será relativamente fácil prever, en lo que se refiere al porvenir, su aparición en la Raza Raíz, que corresponde á la subraza estudiada. Me serviré de este método para considerar el porvenir de la S. T., y por esta razón reclamo vuestra atención acerca de la continua repetición de los ciclos de acontecimientos y de épocas. Desde el primer momento, la historia de la cuarta Raza Raíz nos permitirá comprender mejor la evolución de la quinta Raza Raíz. De este modo veremos los métodos empleados para conducir esta evolución; podremos encontrar de nuevo las señales de los medios que han servido para afianzarla, y así, estudiando el pasado, podremos ver que la cuarta subraza de la cuarta Raza Raíz, manifiesta la característica general de la cuarta Raza Raíz; que la quinta subraza de la cuarta Raza Raíz manifiesta algunos de los signos característicos de la quinta Raza Raíz, que sigue en el curso de la evolución. Y prosiguiendo de este modo, podremos, por analogía, volver á encontrar en nosotros mismos algunos de los signos peculiares de la sexta subraza, que debe suceder á nuestra quinta subraza, y entonces habremos encontrado la línea de evolución que debe producir la sexta Raza Raíz cuando haya sonado la hora. Detengámonos, pues, un momento á considerar los principales puntos de la evolución de una subraza y de una Raza.

***

Cuando llegó el momento de evolucionar nuestra propia quinta Raza Raíz, fueron elegidos algunos tipos en la quinta subraza de la cuarta Raza Raíz, y la elección fué hecha por el Manú, que debía guiar la evolución de la quinta Raza Raíz. Estos tipos manifestaban en germen, por decirlo así, las características mentales destinadas á ser desarrolladas por los grupos elegidos. Si nos interesa, podemos saber cómo fué hecha esta elección, y veremos que la primera fué un fracaso. Aunque éstos hubieran sido elegidos por la sabiduría del elevado Ser á quien llamamos Manú, los materiales con que hizo la tentativa de su obra fueron, sin embargo, demasiado refractarios, demasiado poco maleables, para adaptarse á su influencia al tratar de adaptarlos y amoldarlos. Por lo tanto, tras

largos esfuerzos desechó las familias que había elegido en un principio y procedió á una nueva elección, á fin de ver si la segunda tentativa sería más afortunada que la primera. Y su manera de obrar, su elección, fué tan sencilla como eficaz. Eligió un cierto número de sus propios discípulos y los envió como mensajeros á las diversas naciones del mundo, que constituían parte de la gran cuarta Raza elegida por Él para servir de campo á su segundo ensayo. Los envió de nación en nación con la misión de tomar en cada una de ellas aquéllos que parecían más aptos para la obra que debía ejecutar. Sus discípulos probaron de muchas maneras, empleando á veces el llamamiento directo, allí donde la característica requerida, la mente inferior, se manifestaba con claridad. El manas inferior era, en efecto, la nota fundamental de esta selección, pues la quinta Raza Raíz debía manifestar el desarrollo del mismo. Digo «manas inferior» y no «manas», porque la quinta *Ronda* y no la cuarta es á la que está reservado el desarrollo completo del principio manásico en el hombre, pues nosotros nos encontramos aún en la cuarta Ronda. Esta cuarta Ronda, esencialmente kámica, debe matizar sucesivamente toda la evolución que tenga lugar en la misma, y por muy alto que nos esforcemos en elevar nuestros poderes manásicos, nos es imposible sustraernos á lo que desde el punto de vista de los mismos constituye un hecho fundamental inherente á nuestro nacimiento, es decir, al hecho de que estamos compenetrados por la materia kámica, y que trabajamos en la materia de la cuarta Ronda, adaptada al principio kámico, y no en la materia de la quinta Ronda, adaptada al principio manásico. Así, pues, lo que primeramente nos incumbe es desarrollar el manas inferior, que está fuertemente matizado por kama... Así, en la cuarta Raza fueron elegidos aquellos en quienes se manifestaban los gérmenes de la requerida inteligencia; los mensajeros del Manú hicieron vibrar una nota que atrajo las personas en quienes el principio manásico era más evolucionado que en sus semejantes y compañeros. Poco á poco, grupos de hombres y mujeres de nacionalidad diferente se reunieron alrededor de los mensajeros del Manú, y éstos comenzaron entonces á alejarlos de sus familias, de sus naciones y de su ambiente, para conducirlos á un lugar determinado donde el Manú reunía á todos aquellos con quienes debía hacerse la gran tentativa por segunda vez. De este modo,

gradual y lentamente, fueron elegidos de entre las naciones que formaban la quinta subraza de la cuarta Raza. Y la flor de estas naciones, atraída por la nota fundamental dada por los mensajeros, se reunió poco á poco alrededor del Manú y se convirtió en el germen, en el núcleo de la nueva Raza Raíz. Como he dicho, los condujo muy lejos, á la Tierra Sagrada, aislándolos de la masa de los pueblos de la tercera y cuarta Razas, separándolos por medio de barreras físicas de todo lo que hubiera podido contaminarlos y mancharlos. Estos hombres eran muy diferentes de las generaciones que millares de millares de años después debían ser sus descendientes por sucesión física. Entre los suyos eran considerados más bien como seres que se desarrollaban de un modo anormal, no eran en modo alguno admirados por los de su nación, por aquellos en medio de los que habían crecido. Pues para la construcción de un nuevo tipo no se sirven de aquellos en quienes el tipo de la antigua Raza (de la Raza que precede á los que son elegidos para la nueva línea de evolución) ha alcanzado su completo florecimiento. Los que para la cuarta Raza representaban el triunfo de su evolución, no eran de ninguna manera á propósito para servir en la edificación de la quinta Raza. Los que eran considerados como la flor de sus propias naciones, eran aquellos en quienes la facultad kámica, con los poderes psíquicos correspondientes, estaba más desarrollada, más preponderante. Es preciso saber que en la civilización de aquella época—muy diferente de nuestra civilización—, los poderes psíquicos representaron un papel importante en todos los individuos más evolucionados de la época. Allí donde el germen del principio manásico comenzaba, por poco que fuese, á dominar al principio kámico, la consecuencia inevitable fué una disminución del poder de las facultades psíquicas, que se manifestaban entonces en un grado mucho más débil que en los que iban á la vanguardia de la civilización de aquella época. Las facultades más estimadas entonces eran las que menos se manifestaban en los elegidos por el Manú, pues lo que Él buscaba era el despertar del principio intelectual, y repito que cuando este último es despertado, el psiquismo se debilita momentáneamente. Carezco del tiempo necesario para poder detenerme á considerar el por qué de todo esto. En suma, el psiquismo de aquella época era el psiquismo del cuerpo astral y no el psiquismo que es consecuencia del desarro-

llo intelectual, y que es el resultado de la formación y desarrollo de los órganos en que deben manifestarse los sentidos astrales, que se designan con el nombre de *Chakras*. El por qué de este hecho es muy conocido de los que estudian los diferentes estados evolutivos, y la única razón porque los he aludido, es porque deseo que os déis cuenta de un hecho muy significativo, á saber: que los que en aquella civilización habían sido elegidos por el Manú para construir una nueva Raza, no eran los ejemplares del más alto desarrollo de su época. Estos últimos fueron dejados atrás en su medio propio; se les dejó proseguir su evolución en las líneas que desde entonces se convirtieron en las del pasado, en vez de ser las del porvenir. Y aquellos en que los poderes psíquicos eran menos manifestados, pero en quienes el poder intelectual, menos estimado entonces, comenzaba á despuntar siguiendo las líneas mejor adaptadas para el desarrollo futuro, éstos fueron elegidos para la construcción de la quinta Raza y conducidos lejos del ambiente de la cuarta Raza, á países lejanos, donde debían ser educados. Allí permanecieron hasta que llegó el tiempo en que el Manú se encarnó entre ellos. Tal es la antigua historia acerca de la cual no es oportuno hablar más extensamente.

***

Apliquemos estos mismos principios á la selección de una nueva Raza Raíz, y veremos que del mismo modo que para la quinta Raza se buscó el principio manásico, asimismo para la sexta Raza Raíz se buscará el principio búddhico, y el material deberá ser ordenado de modo que este principio pueda desarrollarse. Permitidme antes recordar una vez más que el buddhi de la sexta Raza Raíz de esta Ronda será algo muy distinto del principio búddhico de la sexta Ronda, de la Ronda que le corresponde en la futura evolución de la humanidad. Por ahora se trata de buddhi matizado de kama, manifestando gran número de características kámicas, y esto es inevitable, porque buddhi está obligado á manifestarse por medio de la materia kámica. No hay que pensar en el buddhi ideal, tal como podemos imaginarlo en su perfección, es decir, en el magnífico principio de la Razón pura, con su poder de intuición superior, sino en su sombra, en su reflejo, tal como pueden ser, puesto que son

velados y revestidos por la materia de nuestra Ronda. No obstante, buddhi será el principio dominante de la sexta Raza Raíz, y por eso os ruego fijéis vuestra atención en este punto, como el fin hacia el cual deben actualmente converger todas las líneas del presente. Lejana, en verdad, está esta meta, según la idea que tenemos del tiempo; pero las tendencias se manifiestan mucho tiempo antes de que aparezcan en la superficie y sean reconocidas por el ojo físico. En cada subraza aparece el principio que se manifiesta de un modo más completo, más perfecto en la futura Raza Raíz correspondiente. Si bien en la raza actual no nos es posible trabajar en la formación de la sexta subraza de nuestra quinta Raza, que empieza ya á aparecer en la superficie del globo, no es menos cierto que acelerando la evolución de esta subraza, nuestra perspectiva ha de ser el principio correspondiente de la próxima Raza Raíz, que es la Estrella Polar, hacia la que hemos de dirigir nuestro rumbo en el presente por muy lejana que esté aún.

Reconozcamos, pues, el hecho de que la sexta Raza Raíz será la encarnación de nuestro principio sucesivo, del principio búddhico, el de la Razón pura, distinta del intelecto, que es la Razón reflejada en la actividad. Una vez comprendido esto, recordemos que la característica de buddhi es la unión—no la unidad, sino la unión—, y veremos que este es el hilo que nos guiará en la evolución de la subraza correspondiente, que está á punto de surgir. Aunque parezca que nos hemos alejado de nuestro objeto en una larga digresión acerca del pasado y del porvenir, volvemos ahora á la cuestión práctica del paso inmediato que debe dar la evolución humana.

(Se continuará.)

Annie BESANT
(Traducido por C. L. A.)

EL DECAIMIENTO DEL ÁNIMO

Un buen número de estudiantes, después de haber tomado con gran entusiasmo el camino que la Teosofía enseña, suelen caer en un cierto grado de abatimiento. Sus mentes se tornan inactivas, obtusas, incapaces, no ya para la concepción de ideas

elevadas, sino también para asimilar lo poco ó mucho que oyen ó leen en los libros que tratan de estas materias. Tenemos en nuestro poder un buen número de cartas, donde muchos de nuestros amigos nos confiesan sinceramente su estado de ánimo decaído, flojo, demostrando cierto aburrimiento y aversión por la meditación y la lectura. Muchas cartas las hemos contestado, dando algunas instrucciones particulares, tendentes á mejorar la condición individual de cada uno; mas como existen por todas partes muchos estudiantes y otros que no lo son, que no confiesan su actual apocamiento, creemos cumplir con un deber dirigir nuestra atención hacia esas personas, á quienes amamos de corazón, y sinceramente deseamos poder ser útiles en sus esfuerzos por obtener un gradual mejoramiento, mediante el cual han de elevarse, *trasformándose* en nuevos hombres y mujeres, para que á su vez puedan ellos también servir de eficaz y mutua ayuda á otros seres menos evolucionados, los cuales, por más «intelectuales» que parezcan ser á los ojos del mundo, son tan pobres de conocimientos profundos, que no solamente ignoran todo cuanto se refiera á su propia naturaleza, sino también su propia ignorancia.

Por tanto, queridos hermanos, no habéis de afligiros si vuestra mente parece oscurecerse. Son pequeñas crisis, son las altas y bajas, las oscilaciones que nuestro valor personal sufre en el mundo del espíritu. Vuestras pasadas acciones de tiempos remotos han determinado estas causas, y de ellas podréis juzgar exactamente lo que en pasados períodos de existencia habéis sido. Habéis producido vibraciones de inarmonía é indiferencia por todo aquello que no constituye una satisfacción personal inmediata, y estas vibraciones, aunque han estado latentes por un gran número de años, surgen ahora de sus guaridas para oponer su resistencia á la total destrucción, que ahora os habéis propuesto. Luchan por vivir en vosotros reclamando sus derechos; pues habéis de saber que cuando satisfacíais todos los deseos materiales creíais que todas estas cosas formaban una parte integrante de vuestra individualidad. Y así es como han crecido, á expensas de vosotros mismos; se han desarrollado y claman ahora por sus derechos. Pero los tiempos han cambiado.

En pasados tiempos habéis sido gobernados por vuestra naturaleza emocional—habéis sido simples vasallos, obedientes á

las demandas de la carne—; mas he aquí cómo los tiempos han cambiado y os erigís ahora en reyes supremos, dueños y señores de vuestros pensamientos y acciones, é intentáis poner silencio á quien antes os hacía obedecer á vosotros. Esto ha avivado, naturalmente, el fuego de las pasiones que dormitaban tranquilas en vuestro interior, á la espera de nuevas satisfacciones. *No os desaniméis.*

Habéis dado un gran paso, que hará época en vuestros futuros días. Vosotros sois superiores á todo cuanto pueda ocurriros, y sólo necesitáis perseverar y mandar. Mandad, mandad bien y sed firmes, porque de lo que ahora hagáis dependen vuestros futuros éxitos. Mas no habéis de reclamar jamás éxitos personales para vosotros mismos, pues esto es egoismo y os debilita. Desead solamente elevaros, haceros dignos del nombre que lleváis y capaces de reclamar el alto puesto á que estáis destinados. No sois ya seres de una vulgar existencia, sois futuros maestros, y de vosotros depende el perfeccionamiento y la salvación de muchos miles de otros seres que están constantemente clamando por ayuda. ¿Qué importa que os parezca que no adelantáis nada? ¿Sabéis acaso vosotros lo que en vuestras almas se está elaborando? ¿Sabéis el porvenir que os está reservado? ¿Habéis intentado alguna vez interrogar á vuestra conciencia más elevada, en demanda de auxilio y de noticias del mundo espiritual? ¿Cuántas veces os habéis abstraído de todos los quehaceres del mundo, para meditar sobre vuestros futuros destinos?

Seguid perseverando y no desmayéis; meditad seriamente en lo que más arriba decimos. Vuestras almas están constantemente acechando una oportunidad para comunicaros sus impresiones más profundas, pero acaso vosotros miráis hacia otra parte, acaso no atendéis sus señas porque son demasiado sutiles, y por lo tanto incomprensibles para vosotros.

Desead, desead la luz y la luz vendrá. Desead todos los días, al levantaros, al toque de oración y al tiempo de acostarse, y veréis cómo el amanecer espiritual que anheláis se traduce en una realidad para vosotros. Este deseo ha de ser dulce, tranquilo, sin impaciencia y sin reparar en el fracaso, porque este fracaso no debe existir ya para vosotros. Unid la mente y el corazón y elevad vuestra demandas, en la seguridad que obtendréis éxito. Los nubarrones que en la actualidad os impiden

ver el Sol de vuestro sistema espiritual, son simples disturbios ocasionados por vuestro Karma, que ahora estáis extinguiendo acelerados. No leáis ni meditéis si estáis cansados, olvidáos de esto si queréis por algunos días, no os hagáis muy santos, pero vivid en concordancia con los divinos planes. Recordad que de igual modo pueden abrírsenos las puertas del cielo con una carcajada que con un llanto; lo esencial es que una y otra sean sinceras, saliendo del corazón.

Manuel R. BUELA

SAFO Y SANTA TERESA DE JESÚS

II

AHORA recuerdo que los escritores que acusan á Safo son los más posteriores á su siglo..... Ahora medito en que muchos hombres opinan contra la ilustración del bello sexo y trabajan por sofocar sus instintos de gloria..... Ahora comprendo que también la envidia se apodera de las almas varoniles.....

Yo aparto mis ojos de esos ingratos escritos, cierro mis oídos á esos vagos rumores que pretenden deslucir la aureola de Safo, y la veo y la escucho por la visión del entendimiento, y la juzgo por la conciencia del corazón.

Safo triunfa en la sabia Atenas, y la admiración, el entusiasmo de un pueblo entero y el amor de cien discípulas premia el celo de sus tareas. Pero gloria y amistad abandona por Faon, á cuyos pies coloca la corona con que ha sido premiada en el templo de las Artes. Faon acepta su ofrenda para adornarse con sus laureles, desprecia al brillante ingenio y se une á otra.

¡Ay! ¡El dolor que debió desgarrar las entrañas de Safo es inconcebible para los que tenemos el consuelo de la religión cristiana! Nosotros no podemos saber hasta qué grado de exaltación llegó la fiebre de aquella inflamada cabeza pocos momentos antes de cometer el suicidio. ¡El mar de Grecia, que apagó el ardor de su sangre hirviente y gangrenada por los celos; el mar de Grecia, que comprimió los últimos latidos de su pecho destrozado, que sofocó sus últimos sollozos; el mar de Grecia solamente pudo saber cómo hizo su tránsito á la eternidad esta triste alma enamorada!

III

Bajo tres puntos de vista distintos hay que considerar á Teresa: como mujer, como monja y como poetisa. Todo lo que tiene de la mujer, la eleva á la altura de las mártires santas; todo lo que tiene de la monja, amengua su grandioso carácter; todo lo que tiene de la poetisa, inmortaliza su nombre.

Noches enteras sobre el libro de Teresa he meditado en lo que debió sufrir esta mujer grande, y me he identificado con su infortunio.

Teresa era, por la inocencia de su alma, niña todavía cuando se enamoró de un joven. Sus palabras amorosas se parecen á las de *El cantar de los cantares*. Todo su amor eran *pláticas*. «Las horas—dice—pasaba platicando, que cosas deshonestas las aborrecía».

Pero su amante llega á pedir su mano y Teresa se halla en un gran conflicto. Un sentimiento instintivo de repulsión la detiene. Por la primera vez piensa en su castidad. Compara su vida con la que le cuentan de su amante y rehusa. Pero el corazón de Teresa, lleno de ternura, vuelve á sentir la necesidad de amar, y torna á encontrarse en la misma lucha de contradicciones. ¿Qué son estas contradicciones? ¿Será que Dios ha puesto en el alma de las mujeres inteligentes y puras la conciencia de su valía y temen degradarse con el contacto de seres menos puros que ellas?

En el siglo de la Inquisición todos los sentimientos humanos, todas las verdades fisiológicas se explicaban por la Teología. La mente de aquellos sabios no se ocupaba sino de ideas abstractas, que tuviesen relación con la divinidad, y miraban con desdén el estudio del corazón. Una doncella enamorada era, cuando más, un objeto de compasión para los doctores de la Iglesia, que no podían resolver el problema de sus afectos contrarios sino por la *inspiración de Dios y las sugestiones del demonio*. Una doncella que en sus perplejidades acudiese al confesionario, quedaba confundida y espantada del estado de su alma, y corría á hacerse la esposa de un hombre ó la esposa de Dios para evitar la condenación eterna. Todo detenimiento en las contemplaciones del amor, que á la par deseaba y temía, eran miradas como una llama impura que brotaba de las *hogue-*

ras del infierno para arrastrarla á la perdición. Amar espiritualmente, amar con las ilusiones de la inocencia, con el vago encanto de un corazón virgen que se sustenta de palabras, de miradas, de armonía, de luz, era un crimen para los frailes..... ¿Qué sabían los frailes de amor espiritual? Si la doncella defendía el derecho de vivir algunos días más de libertad, embebecida en sus cándidos sueños, recuerdos aún de los días infantiles, era la *tentación de Satanás*, que escondía sus uñas entre las blancas muselinas de su lecho para mejor despedazar el honor de la doncella. El pudor que resistía era la *malicia* siempre del *enemigo*. El llanto que la arrancaba el sacrificio de su amor, era la *flaqueza de la criatura*.

* * *

Así debieron explicar á Teresa los sapientísimos doctores las causas de sus aflicciones y de sus dudas, cuando enamorada todavía de un hombre se decidió á consagrarse á Jesús. Creo verla en este supremo instante de renunciar á lo que amaba, indecisa y atormentada, poner solemnemente la mano sobre su pecho y prorrumpir en llanto. Represéntase la tierna felicidad de dos seres unidos con el lazo santo de una mutua pasión, y adivina que esta felicidad ha debido existir en el mundo. Vuélvese á pensar en su amante; pero de nuevo retrocede, de nuevo compara y pregunta á Dios: ¿Mi compañero dónde está?

Todavía arroja una mirada en la juventud del siglo XVI para ver si halla al compañero que le ha destinado Dios; pero el siglo está desierto, el mundo la murmura, su honra padece, los confesores la estrechan y Teresa se encierra en el claustro.

Triste, muy triste debió ser el día de aquel suicidio moral en que se robaba al mundo el más claro espejo de las virtudes, el más bello modelo de su sexo, para sepultarlo en la oscuridad de un claustro y consumir en insomnios y abstinencias una fuerza que hubiera podido emplearse en beneficio de la sociedad. Porque si aquella mujer heroica hubiera encaminado su enérgico instinto hacia la educación de las familias; si los veinte años de inauditos trabajos que pasó para fundar conventos y educar célibes los hubiera empleado en fundar colegios y en instruir á las madres, hubiera regenerado á España. Apartando de la corrupción á mil doncellas no hacía sino disminuir el nú-

mero de las malas mujeres. Pero dando á la sociedad mil madres educadas hubiera aumentado el número de los buenos hijos.

Más daño que los luteranos hacía á la religión el pervertimiento de las costumbres, y si Teresa hubiera aplicado su *camino de perfección* á la perfección, no de las monjas, sino de las madres, hubiera hecho brotar una generación ilustrada en vez de secarse en el corazón de sus vírgenes.

Esas mujeres superiores á su sexo son las que han de empezar la obra de la educación. Esas grandes abejas que vienen de primavera en primavera al campo de la sociedad son las que han de reunir á las abejas dispersas. ¡Oh, qué rica hubiera sido la colmena si la maestra de estas pobres abejas, que se devoraban en la inacción y el desorden, hubiera dirigido sus tareas á la utilidad del género humano! Pero los frailes espantaron del mundo á la gran maestra y la encerraron donde ni luz, ni agua, ni flores tenía para labrar sus panales.

* * *

La mano de los frailes detuvo el progreso de un siglo y esterilizó el más productivo de todos los talentos de mujer y la más fecunda de todas las virtudes. Felipe, á quien declara la Historia por rey tan sabio, no comprendió mejor que los frailes la misión de Teresa. No la consideró sino como á una beata que debía conjurar con sus rezos la invasión de los luteranos, y la protegió para que inspirase á otras vírgenes su beatitud, diezmando las familias con la institución de nuevas Ordenes.

El fanatismo ahogó aquel día el noble impulso del genio, que pretendía abrirse camino por medio de los pueblos para ilustrar á las gentes.

Remordimientos del amor y de la inteligencia sacrificados debieron agitarse con horribles tormentos en aquella organización vigorosa, cuando la redujeron al estado que vamos á describir, copiando sus palabras:

«Quedé de estos cuatro días de parasismo de manera que sólo el Señor puede saber los insoportables tormentos que sentía en mí. La lengua hecha pedazos de mordida—he aquí, advierto de paso, un magnífico verso endecasílabo—, la garganta de no haber pasado nada, y de la gran flaqueza que me ahogaba, que aun el agua no podía pasar. Toda me parecía estar des-

coyuntada, con grandísimo desatino en la cabeza. Toda encogida, hecha un ovillo, porque en esto paró el tormento de aquellos días, sin poderme menear ni brazo, ni pie, ni mano, ni cabeza, mas que si estuviese muerta.....

»Dióme aquella noche un parasismo, que me duró estar sin sentido cuatro dias, poco menos. En esto me dieron el sacramento de la unción, y cada hora ó momento pensaba expiraba, y no hacían sino decirme el Credo, como si alguna cosa entendiera. Teníame á veces por tan muerta, que hasta la cera me hallé después en los ojos.

»Día y medio tuvieron abierta la sepultura en el Monasterio, aguardando el cuerpo allá. A la que esperaban muerta recibieron con alma; mas el cuerpo, peor que muerto..... para dar pena verle. El extremo de flaqueza no se puede decir, que sólo los huesos tenía; ya digo que estar así me duró más de ocho meses; el estar tullida, tres años. Cuando comencé á andar á gatas alababa al Señor.»

Descripción que horroriza, porque se ha visto al corazón luchar, resistir, desbaratarse y quedar con un resto de vida para que la muerte no le dé descanso, para que sea larga la agonía.

¡Oh, una criatura tan hermosa, que era pasmo de las gentes, se suicida en la belleza y asiste á los funerales anticipados de su juventud, y ve pasar la imagen de sí misma sin dejar á su amor una débil copia, y se levanta como una sombra sobre su propia tumba!

¡Oh, Teresa! ¡Quién sino una mujer podrá comprender el valor de este triunfo! Nosotras, que sabemos cómo la sangre hierve en nuestras venas en esas horas de fiebre en que nos abrasa la pasión; nosotras, que sabemos cómo el recuerdo de una mirada hace vibrar nuestras fibras; nosotras podemos comprender lo que sufriste, hora por hora, en esa gran batalla del espíritu contra el corazón! ¡Esas noches de locos insomnios, de sueños falsos en que el dolor físico y el dolor moral, reunidos en nuestro desventurado cuerpo, nos hace ver iluminado el aire, globos de luz en la oscuridad, y nos hace escuchar ruidos sordos, como de un torrente lejano, como de una rueda que gira! Esos vértigos, esos delirios, esas ansias, esos desmayos, esa postración que, lentamente, viene después que hemos consumido gota á gota el caudal de nuestra sangre en la enfermedad, los comprendemos nosotras. Pero ¿quién, Teresa, tendrá la virtud de

alabar, como tú, á Dios en medio de ese tremendo martirio, y quién sino tú puede considerarse dichosa, porque al fin el dolor dejó tus miembros tullidos y *te permite arrastrarte por el suelo?*

He dicho que todo lo que tiene de la monja amengua su grandioso carácter: en efecto, se advierte en Teresa, como monja, una tendencia tan exagerada á rebajarse, una sumisión tan esclava al saber de los hombres, un fanatismo tan exaltado hacia las preocupaciones absurdas de las órdenes religiosas, que altera la ingenuidad y desfigura la sencillez de su alma. Por muy humilde que sea una criatura, no hace abnegación de la conciencia que Dios ha puesto en ella para que conozca su propia dignidad. Dejaría de ser sensible el sér que no conociera la satisfacción íntima de sus virtudes, y sería despojar á la Humanidad del derecho de estimarse si se la supusiera ignorante para juzgar sus propios actos. Teresa conocía el valor de las virtudes, puesto que las practicaba; y si las practicaba porque las conocía, debía saber que estaba en posesión de su tesoro. ¿Por qué declararse la más ruín y pecadora de las criaturas? ¿Por qué afirmar que su maldad la espantaba? Por modestia, responderán los frailes. Pero esto no es exacto. La modestia es el silencio del orgullo. La modestia no es la ostentación de la humildad.

Teresa atribuye cuanto escribe y cuanto habla á revelación de las visiones. Teresa confía á un ignorante fraile el precioso caudal de una obra que ella misma cree inspirada por Dios, y le ruega que la destruya. Si tanta era su fe en la gracia divina, ¿por qué somete sus ideas á la aprobación del fraile, á quien se reconoce superior en talento y virtudes? Si duda de su propio talento, ¿por qué dice que le inspira la gracia divina?

La monja lo explica así en el libro de su vida:

«Siempre que el Señor me daba una cosa en la oracion, si el confesor me decía otra, me tornaba el mismo Señor á decir que le obedeciese. Despues el Señor le volvía para que me lo tornase á mandar.»

No puede darse una solución más ingeniosa que esta conformidad entre Dios y el fraile para ponerse de acuerdo en lo que habían de mandar. El grande corazón de Teresa se comprime, su espíritu se amilana, su entendimiento se confunde, y hasta su buena fe vacila cuando habla como monja. Monja perfecta era, yo no lo niego; pero cuanto más perfecta la monja, más

imperfecta la mujer. Todo cuanto hace la monja es contrario á la naturaleza, á la verdad, á la inteligencia, al derecho de la criatura. Para ser buena monja hay que disfrazar las pasiones, abdicar la reflexión y despojarse de toda legítima dignidad. No era dado á Teresa presentarse de otro modo en un siglo en que dominaba la superstición y el despotismo eclesiástico. Pero es doloroso ver que ni la santa pudo librarse de aquella contagiosa humildad que prevenía el desprecio de sí misma hasta la bajeza de aquel abuso de la doctrina de Jesús, que hizo tantos hipócritas por hacer tantos santos. El monjío fué para Teresa como una careta que puso á su sencillo carácter. Teresa no había menester el encierro para ser santa. Mujeres del temple de Teresa pueden marchar solas por medio de la sociedad sin temor de descaminarse. Más difícil debió ser á Teresa el conservarse pura en la inacción y la soledad del claustro, que le hubiera costado serlo entre el bullicio y movimiento del mundo; porque los dos enemigos mayores de la virtud de las mujeres son la inacción y la soledad. Tal vez Teresa no había nacido para esposa de un hombre. Tal vez el don de la teoría absorbe la facultad de la práctica, y le estaba vedado á Teresa ser esposa y ser madre para poder dirigir la educación de las madres y de las esposas. Tal vez necesitaba la concentración de sus afectos, la vida célibe, la virginidad para escribir esas inmortales obras llenas de convicción profunda, llenas de virtud patente, que habían de instruir á generaciones de mujeres. Pero cercándola de yerros y escudándola con votos, no hicieron los frailes sino desvirtuar la gracia de la fortaleza que Dios la había concedido.

Apartemos la vista de la monja para admirar á la poetisa. Teresa, como poetisa, no tuviera rival en el mundo si no existiera el nombre de Safo.

En vano las hijas de Bretaña y las eruditas francesas formarán un catálogo de ilustres mujeres que llenaron la Europa con el sonido de su fama. Una página sóla del libro de Teresa encierra más poesía que centenares de volúmenes de las extranjeras ediciones.

Empezando por el libro de su vida, esta sencilla historia escrita con la unción de la verdad y de la fe, es un gran poema religioso. Cualquiera de los párrafos que parecen prosa, porque no tienen consonantes, es un canto por la entonación de sus pensamientos.

Así exclama, después de referir con la viveza del dolor sus continuas tribulaciones:

«¡Oh, Señor mio! ¡Como sois vos el amigo verdadero, y como poderoso, cuando quereis podeis; nunca dejais de querer si os quieren! Alaben os todas las cosas, Señor, del mundo. ¡Oh, quién diese voces por él para decir cuán fiel sois á vuestros amigos! Todas las cosas faltan. Vos, Señor de todas ellas, nunca faltais. Poco es lo que dejais padecer á quien os ama. ¡Oh, Señor mío, qué delicada, pulida y sabrosamente! ¡Oh, quién nunca se hubiera detenido á amar á nadie sino á vos! Parece, Señor, que probais con rigor á quien os ama, para que en el extremo del trabajo se entienda en mayor extremo de vuestro amor. ¡Oh, Dios mio, y quién tuviera entendimiento y letras y nuevas palabras para encarecer vuestras obras como lo entiende mi alma!»

Todo el libro está escrito con este poético entusiasmo.

El camino de perfección es un tratado completo de educación y es, por lo mismo, más filosófico que poético. Pero cuando abandona Teresa la parte doctrinaria y deja volar su espíritu en la contemplación de Dios, se la oye que exclama:

«¡Oh, Emperador nuestro! ¡Sumo poder, suma bondad, la mesma sabiduría, sin principio, sin fin, sin haber términos en vuestras perfecciones, son infinitas sin poderse comprender un piélago sin suelo, de maravillas, una hermosura que tiene en sí todas las hermosuras!.....»

Las moradas interiores son otro poema; pero un poema épico en lo abstracto. Un poema dividido en siete cantos, las siete moradas del castillo, bajo cuya alegoría representa el alma. La poetisa transforma las pasiones en guerreros que combaten este castillo, y anima con el calor de las imágenes más vivas la resistencia de la virtud. Los teólogos contemporáneos de Teresa hubieran necesitado un fárrago de indigesta metafísica para dar esta definición del alma que Teresa hace comprender con algunas metáforas solamente.

«Antes que pase adelante os quiero decir que considereis qué será ver este castillo tan resplandeciente y hermoso, esta perla oriental, este árbol de vida, que está plantado en las mesmas aguas vivas de la vida, que es Dios: cuando cae en un pecado mortal no hay tinieblas más tenebrosas, ni cosa tan oscura y negra que no lo esté mucho más.»

*

El pensamiento, la combinación de formas de *Las moradas interiores*, su desarrollo y el feliz término que pone Teresa á esta obra atrevida, colocan á su autora al nivel de los más altos ingenios españoles.

Pero donde se comprende la inspiración profética de Teresa es en *Los conceptos del amor de Dios*. Nada se ha escrito después de *El cantar de los cantares* de más tierno, de más apasionado, de más divino. *Los conceptos del amor de Dios* son un continuo arrobamiento, un deliquio de amores santos, que dejan el alma lánguida con su lectura. ¡Cómo debía sentir Teresa cuando escribía así sobre este versículo de la Biblia!:

«Sostenedme con flores, fortalecedme con manzanas, que me desmayo de amor.»

«¡Qué lenguaje tan divino éste para mi propósito! ¿Cómo, esposa santa, mataos la suavidad, porque, según he sabido, algunas veces es tan excesiva, que deshace el alma de manera que no parece ya que la hay para vivir, y pedís flores? ¿Qué flores son éstas? Porque este no es el remedio, salvo si no las pedís para acabar ya de morir, que, á la verdad, no se desea ya cosa más cuando el alma llega aquí.»

Bajo tres puntos de vista distintos he considerado á Teresa, y á pesar de eso no hemos visto de ella sino media fisonomía. Teresa es un genio medio desarrollado, y vale todavía más por lo que no ha hecho y por lo que no ha escrito, que por su vida y sus obras. ¿Pero cómo explicamos un mérito negativo? ¿Cómo en una pintura comenzada podéis elogiar la perfección de los rasgos que faltan al lienzo? Yo os lo diré. Si la pintura es de Murillo, debéis adivinar cuando los ojos de la imagen estén dibujados cómo debe ser la boca que armonice con ellos. Por esos acentos que se escaparon de los labios de Teresa podéis adivinar cómo hubieran sido sus cantos si los frailes no los ahogaran en su garganta. Por esos libros que se escaparon de las llamas de la censura podéis adivinar cómo fueron los que redujeron á cenizas sus directores espirituales. Sobre aquel cráneo pesaba una mano de plomo que no la permitía levantar sus ideas sino á la altura de las preocupaciones. Adivinad cuál hubiera sido su vuelo con aire y libertad. Adivinad cómo hubiera cantado Teresa fuera de aquellas cuatro mezquinas tapias que reducían á tan pequeñas dimensiones todas las ideas poéticas.

Dad á su vista campos de risueña vejetación, la alegría de

nuestros hermosos ríos, la contemplación del majestuoso océano. Llevadla desde las columnas de Hércules hasta el golfo de Nápoles. Desterrarla, como á Stael, á la romántica Suiza, para que se agraven sus meditaciones filosóficas bajo la sombra de aquellas austeras montañas y de aquel nebuloso cielo. Que se embarque como Lady Stanohpe en los mares de Oriente, y que vaya á nutrir su pensamiento con la savia religiosa que circula hasta por los troncos de los cedros del Líbano. Que torne más tarde á Europa y oiga como Jorge Sand la voz de los sabios de Francia, y que termine su peregrinación recorriendo los bosques de la América virgen. Entonces conocerá todas las grandezas de Dios, todas las miserias de la Humanidad. Entonces se dilatará su mente comprensiva y romperá en un canto, resumen de todos los humanos ecos y tan alto como el himno que los profetas elevaban á Dios. Entonces veríais la juventud lozana de ese genio, que enfermó en la niñez y murió de consunción en el limitado círculo de un monasterio.

IV

¡Cuánta diferencia parece que existe entre estas dos mujeres, y, á pesar de eso, qué analogía, qué similitud, qué identidad hay en las dos!

Allí veo á Safo en medio de sus discípulas.

Allí veo á Teresa en medio de sus hermanas.

Ambas regalan generosamente á esta pobre mitad del género humano el caudal de sus lecciones, y ambas sienten un amor intenso hacia sus discípulas y sus hermanas.

La caridad se revela en Safo por la ardiente solicitud con que cultiva el talento de sus compañeras de gloria.

La caridad se revela en Teresa por la severa disciplina con que conserva la virtud de sus compañeras de martirio.

Ambas forman una escuela para elevar á la mujer.

Safo juzga que las eleva coronándolas de laureles.

Teresa vistiéndolas de silicios.

Safo las hace componer versos.

Teresa pronunciar oraciones.

Safo las habla de triunfos.

Teresa de penitencias.

Safo las lleva al Liceo.

Teresa las conduce al altar.

Y las dos creen trabajar para la virtud y la gloria.

Ambas luchan por el triunfo de sus doctrinas.

La hija de la República se emancipa del yugo que la sociedad ha impuesto á su sexo y proclama en sus cantos la libertad.

La hija del absolutismo se encierra en el claustro y abjura la independencia de la mujer.

La poetisa de Atenas quiere establecer liceos en todas partes.

La doctora de Avila quiere fundar conventos.

Y ni á la una la contienen las calumnias de sus enemigos, ni á la otra las persecuciones de sus contrarios.

A las dos misioneras del bello sexo las faltó para llevar á cabo su grande obra, á Safo la religión cristiana; á Teresa la libertad.

Safo vino al mundo demasiado temprano.

Teresa demasiado tarde.

Safo demasiado temprano, porque aún no se había destruído el gentilismo, ni había nacido la Virgen María, modelo de pureza, de castidad, de virtud.

Teresa demasiado tarde, porque ya los frailes habían falseado los principios del cristianismo y anulado los derechos de la mujer.

Los obstáculos que Safo halló en su siglo fueron Baco, Venus y toda la inmoral caterva de dioses fabulosos.

Los obstáculos que halló Teresa fueron los frailes.

El deseo de las reformas, la aspiración hacia un bien, cuyo término era desconocido para ambas, agitaba sus cabezas y las hacia pensar en la regeneración.

Safo en España, nacida en el siglo de la tiranía, á la sombra de Felipe II, hubiera hecho refluir su poesía en la religión y ceñiría su cabeza con el capelo de doctora..

Teresa, bajo el cielo de Grecia, en el siglo de la libertad, iluminada por los rayos de Solon, hubiera espaciado su fantasía y ceñiría la corona de laurel.

La misma analogía, la misma similitud, la misma identidad hay en sus corazones.

Abrasadas ambas de un amor innato, vivo, tierno, sublime, inapagable, ambas se enamoran en la juventud: Safo, de Faon, Teresa, de Jesús.

Sus escritos revelarán su pasión mejor que sus palabras:

SAFO. Feliz quien junto á ti, por ti suspira;
quien goza del placer de oir tu habla.
TERESA. Mira que muero por verte,
y vivir sin ti no puedo.
SAFO. Siento, de vena en vena, sutil fuego
discurrir por mi cuerpo al ver tu cara.
TERESA. Todo es para más penar,
por no verte como quiero.
SAFO. Extiéndese una nube por mis ojos,
pierdo el sentido, oprímenme las ansias.
TERESA. ¡Ay, qué larga es esta vida!
¡Qué duros estos destierros!
SAFO. Y pálida, sin pulso, sin aliento.
me hielo, me estremezco, exhalo el alma.
TERESA. Y causa en mí tal pasión
ver á mi Dios prisionero,
que muero porque no muero.

Safo amaba á un hombre y Teresa á un Dios, y, á pesar de eso, las emanaciones de su pasión son las mismas,

También Safo es espiritual cuando se contenta con el placer de una mirada.

También Teresa es voluptuosa cuando al tocar la sagrada hostia de la comunión siente que su sangre hierve, que sus oídos zumban, que se turban sus ojos y que su lengua se abrasa.

Y es porque Safo diviniza á su amante; y es porque Teresa personifica á su Dios.

Si os repito los coloquios de Safo con Faon, cuando está separada de él, cuando lo ve en ideal, creeréis que es el arrobamiento divino de Teresa con Jesús.

Si os cuento los coloquios de Teresa delante de Jesús, cuando sueña que le habla y le responde, que le escucha y le admira, creeréis que es Safo que babla con Faon.

Safo renuncia á la gloria.

Teresa al mundo.

Safo vaga por las noches, errante, trémula, desgreñada en torno de la casa de Faon.

Teresa pasa las noches en el insomnio, en el llanto, al pie de la Cruz.

Safo arranca sus cabellos llamando á Faon.

Teresa macera sus carnes invocando á Jesús.

Safo acude en sus aflicciones á las pitonisas y cumple sus presagios,

Teresa se postra ante los frailes y cree en sus revelaciones.

Religiosas ambas, según sus creencias, llenas de unciones misteriosas, de aspiraciones sobrenaturales hacia la divinidad. Confiadas, crédulas, supersticiosas, son juguetes ambas de la malicia de sus falsos oráculos.

Las dos pasan su juventud en el éxtasis de la pasión, y las dos sucumben al vértigo que las domina.

Ambas desean morir.

Safo busca la muerte en los mares.

Teresa en la horrible penitencia que quebranta su cuerpo.

Safo, en la agonía, aún clama por Faon.

Teresa vuelve su postrera mirada al Santo madero.

La división del amor profano y del amor divino es, en cierto modo, una división falsa de la metafísica.

Muchas veces el amor se hace profano por el objeto sensual que elige. Muchas veces se idealiza el amor porque se consagra á un objeto inmaterial.

Si Safo, comprimida por la rígida estrechez de las leyes monásticas, se hubiera fijado en el Dios del cristianismo, hubiera amado como Teresa y hubiera muerto al pie de la Cruz.

Si Teresa, libres los sentidos y familiarizada con las licenciosas doctrinas de los dioses paganos, hubiera elegido por su amante á un hombre, hubiera amado como Safo, y hubiera muerto en los mares.

Todas las semejanzas que existen entre estas dos mujeres las crearon sus diferentes religiones, la educación, las costumbres de sus distintos países.

Dotadas ambas de un talento flexible y comunicativo, hubieran dado iguales resultados colocadas en un mismo siglo y en una misma sociedad. Sus almas se tocan, sus ingenios fraternizan. ¡Safo! ¡Teresa! Sois un engendro de la madre eternidad, para quien los siglos son minutos, que os dió á luz casi á un mismo tiempo. Sois dos *gemelas* que habéis recibido un mismo soplo de vida y la misma inspiración inmortal, que os hará marchar juntas en los siglos.

El mundo antiguo tuvo para Safo una estatua.

El mundo moderno tiene para Teresa un altar.

Carolina CORONADO.

(Continuará.)

¿Puede el hombre desviar el curso de las tempestades coñ sólo su voluntad?

Con verdadero interés llamamos la atención de los hombres científicos de esta ciudad acerca de los experimentos que vamos á relatar, ya que nuestros escasos conocimientos y medios de investigación no nos permiten aquilatar lo que en ellos haya de cierto. Dichos hombres de ciencia podrían proseguir los citados experimentos aprovechándolos si su utilidad fuese manifiesta, ó en caso contrario, demostrar el error en que incurre el que los realiza. Nosotros hemos presenciado los siguientes hechos:

A primeros del corriente mes presentóse en esta Redacción D. Luis Corominas Genís, diciéndonos que había realizado una larga serie de experimentos de los que resultaba que á su voluntad se deshacían ó formaban nublados, que lograba variar la dirección de los vientos y calmar el oleaje del mar. Su relato nos hizo sospechar que se trataba de un pobre maniático y procuramos excusarnos con nuestro trabajo para dar fin á sus relaciones. Comprendió él nuestro pensamiento, lo que le obligó á decirnos: «Yo no sé si ustedes tienen razón en sospechar que estoy loco; en lo que estoy seguro de que no la tienen es en no querer concederme media hora de atención, durante la cual yo les probaría con hechos la realidad de mis afirmaciones.»

Ante esta rotunda afirmación de nuestro visitante, no nos quedó otro recurso que aceptar su proposición.

Subimos al terrado de la casa; sobre nosotros se cernía una tempestad, acompañada de truenos y relámpagos; las nubes descendían amenazadoras desde las cumbres del Tibidabo y del Coll; pronto empezó á lloviznar.

El Sr. Corominas nos hizo notar la dirección que seguía el nublado y la que él quería imprimirle; efectivamente, á los cinco minutos escasos cesó de lloviznar; el nublado fué corriéndose á la derecha, despejóse el cielo y volvió á brillar el sol; al día

siguiente supimos que en los pueblos de la costa de Levante la tempestad había causado estragos.

Varios grupos de nubes que fuímos señalando al Sr. Corominas fueron desvaneciéndose á medida que dicho señor concentraba en ellos su atención. No hay que decir que con estos hechos se despertó nuestra curiosidad, pues aunque se admitiera que todo ello sólo fué efecto de una pura casualidad, ó que nuestro visitante hubiese comprendido la dirección que debía seguir la tempestad, gracias á poseer un conocimiento profundo de las corrientes atmosféricas, la duda subsistía siempre.

Una hora dedicamos á estos experimentos, que cada vez nos cautivaban más, recordando los relatos de los viajeros ingleses acerca de ciertos indios que también pretenden detener las tempestades; pero las obligaciones nos impidieron conceder más tiempo á nuestro visitante y á nuestra curiosidad, y nos despedimos quedando citados para hallarnos el día 10 en la playa de Casa Antúnez, á fin de realizar allí algunos nuevos experimentos.

A las ocho de la mañana del día 10 nos reunimos en el lugar fijado el Sr. Corominas y tres redactores de este semanario, emprendiendo acto continuo los experimentos.

Consistió el primero en colocarnos de espaldas á una pared y observar la dirección que seguía un nublado que se cernía sobre nosotros; una vez conocida su dirección por medio de la brújula, el Sr. Corominas nos manifestó que intentaría hacerlo retroceder, lo que logró en menos de diez minutos. Le señalamos entonces una nube que se cernía solitaria hacia el Sudeste, y en menos de cinco minutos se desvaneció; lo mismo ocurrió con otras situadas en varias direcciones.

Le invitamos entonces á llegarse á la orilla del mar, y colocándose detrás de la casa de baños, empezó los experimentos en varias barcas que allá en lontananza se dedicaban á la pesca. El Sr. Corominas nos pidió fijásemos nuestra atención en la que á nuestro parecer estuviera más quieta, y una vez la hubimos elegido y señalado, concentró en ella su atención y vimos como casi instantáneamente su vela era azotada como por ráfagas de viento contrario, mientras que las demás permanecían fijas como antes. Este experimento lo repetimos multitud de veces y con barcas diferentes, dando siempre idéntico resultado.

Pasamos entonces á los experimentos sobre el oleaje del mar.

Estaba éste bastante picado; las olas encrespadas mugían á nuestros pies; al poco rato pareció como si el ruído del oleaje se amortiguara frente á nosotros, mientras que á los lados la altura de las olas aumentaba. Entonces le rogamos intentara calmar el mar hacia nuestra derecha, lo que hizo con buen éxito, lo mismo después por la izquierda con idéntico resultado, con lo cual dimos por terminados estos experimentos, prometiendo al Sr. Corominas que nos ocuparíamos de ellos en estas columnas, lo que gustosamente cumplimos.

¿Lo que vimos fué una realidad ó una ilusión? ¿Es que existen medios para dominar los elementos atmosféricos? No lo sabemos; lo que sí aseguramos es que el Sr. Corominas se ofrece á realizar sus experimentos ante una comisión de hombres científicos, siempre que éstos quieran dedicarle algo de su tiempo; que no pide retribución alguna por su trabajo y que sólo aspira á que se compruebe, de un modo que no deje lugar á dudas, la realidad del poder que supone él tener, atribuyéndolo solamente á la fuerza de voluntad.

Por nuestra parte, cumplimos un deber de conciencia diciendo lo que hemos visto y procurando poner en contacto las partes llamadas á dilucidar este problema.

No creemos que sea un despropósito pedir á nuestros hombres de ciencia que concedan un par de horas de su tiempo en acceder á la demanda que les dirige el Sr. Corominas.

Este señor vive en la calle del Carmen, 112, 2.º, 1.ª, de esta ciudad, y á él directamente pueden dirigirse cuantas personas tengan deseos de concurrir á estos experimentos.

En particular, invita el Sr. Corominas á las Corporaciones científicas, Redacciones de periódicos y Sociedades instructivas.

Hemos terminado nuestra misión en este asunto, que creemos limitada á llamar la atención de las personas autorizadas acerca de las pretensiones del Sr. Corominas, dejando á aquéllas la resolución definitiva de la realidad ó no realidad de dichas pretensiones.

(Reproducido de *La Voz de la Verdad* Barcelona, 26 Junio 1909.)

NO-SER, EXISTIR Y SER

I

TRASLADÉMONOS en alas del pensamiento á una región *virgen* del ESPACIO, lejos, muy lejos del CÍRCULO «*no se pasa*», pues aun cuando *no se pasa*, con ayuda y á merced del pensamiento podemos imaginarnos que hemos penetrado allí donde no se puede penetrar. La imaginación ó pensamiento es un algo tan sutil, es de una naturaleza tan libre é independiente, posee un privilegio tan amplio y absoluto, que nada ni nadie pueden impedirle el paso, de suerte que para él no hay obstáculos ni existen fronteras que limiten su acción.

Por región virgen entendemos una de las infinitas porciones del ESPACIO que no han sido todavía teatro de ninguna manifestación ó, mejor dicho, que todavía no se ha desdoblado; no se ha convertido en Espíritu y Materia y permanece en estado homogéneo, que es el estado en el cual el ABSOLUTO ESPACIO ha permanecido, permanece y permanecerá eternamente. Siempre y eternamente permanecerá el ESPACIO siendo homogéneo, pues aun cuando esas partículas ó porciones del Mismo que llamamos Kosmos, las cuales contienen miriadas de millones de sistemas solares, que aparecen y desaparecen periódicamente, los percibimos en estados heterogéneos, esto no obstante al ESPACIO no le hacen sufrir cambio ó alteración alguna, porque lo finito no puede modificar lo Infinito, lo limitado no puede afectar lo que carece de límites, lo variable no puede producir variación en lo que es Inmutable. De lo que es homogéneo y sin límites desde toda eternidad se deriva lo heterogéneo y limitado, que desaparece como la burbuja en el seno de las aguas. De lo que es inconsciente, porque es la Conciencia Absoluta, se deriva lo consciente, que es la conciencia limitada. El Uno se convierte en muchos y es la causa á la par que el material de que están formados esos muchos, á pesar de lo cual ese Uno no ha sufrido la menor merma, la menor disminución ni quebranto alguno. Misterio insondable es este que, sin duda,

llena de admiración y profundo respeto al hombre pensador que se preocupa de los asuntos que se relacionan con su yo inmortal.

Imaginémonos, pues, que en virtud de esa omnímoda libertad que tenemos de proyectar nuestro pensamiento do quiera que nos plazca, nos hallamos en una región virgen del ESPACIO. ¿Qué vemos allí? Allí percibimos el Álito Eterno, el Movimiento Continuo, la Vibración Incesante, que nunca tuvieron principio y jamás tendrán fin. Allí el tiempo es una palabra vana y sin sentido, puesto que no ha transcurrido ni un solo minuto, ni un solo segundo del reloj de la eternidad. Allí sólo existe un Presente Eterno. El pasado y el futuro, ambos transitorios, vendrán á la existencia cuando esta región virgen se convierta, obedeciendo á la Inmutable Ley, en un Kosmos, con sus innumerables soles y planetas, para fenecer junto con él cuando la hora marcada suene. Allí vemos una Partícula de la Conciencia Absoluta, que se agita y produce ese movimiento continuo de que hablamos. Sin esta Partícula, que es la Vida Única, y que se halla presente en todos los infinitos ámbitos del ESPACIO, este mismo ESPACIO sería un cuerpo sin movimiento, sin vida, sin sensación posible; más aún, sería la *Nada*, sería un vacío infinito, en tanto que ahora, y merced á esta Vida Única, es un *plenum* infinito. Lo que llamamos Materia es una concreción del Espíritu ó Vida; es una necesidad para el progreso y perfeccionamiento de esta Vida misma, la cual necesita un vehículo para alcanzar el objetivo que se propone. Nosotros, colocándonos en el terreno de las concesiones, llegaríamos hasta aceptar á la Vida ó Espíritu sin la Materia, pero jamás aceptaríamos á la Materia sin el Espíritu. Sólo la Vida puede vivir (permítasenos la frase), sentir, moverse por sí misma y dar vida y movimiento á la Materia, en tanto que esta última es incapaz de sentir y moverse por sí misma, por lo cual su papel está limitado á prestar servicios á la Vida que la moldea y le presta determinadas cualidades según conviene á su evolutivo progreso. Esta Partícula de Vida que Allí vemos, por el mero hecho de ser Conciencia Absoluta es inconsciente, y hasta nos atrevemos á decir que es insensible. La conciencia y la sensibilidad únicamente las posee en germen ó potencialidad, y debe desarrollarlas, por medio de la evolución, cuando suene la hora de la manifestación ó desdoblamiento de aquella porción del ESPACIO que debe venir á la existencia. Nuestro

«yo» verdadero es, á su vez, una partícula de esta Partícula de Vida que, siendo inconsciente é insensible cuando se hallaba y era una parte de esta región virgen de que hablamos, se ha convertido ahora, merced á millones de millones de años de evolución gradual y paulatina, en un sér consciente y sensible.

Que la Vida y la Conciencia Absolutas son la una insensible y la otra inconsciente, nos parece que puede probarse analizando detenida y cuidadosamente nuestro estado evolutivo y el de los seres inferiores á nosotros que nos rodean. No cabe la menor duda de que el hombre es más consciente que el animal; el animal que la planta; la planta que el mineral. En cuanto á sensibilidad, nos parece que bien podemos asegurar que el hombre es más sensible que el animal; el animal que la planta; la planta que el mineral. Según sea más ó menos sutil, delicada y complicada la estructura del vehículo que la Vida habita, ésta percibe con mayor ó menor vividez é intensidad. A una mayor sutileza de vehículo corresponde una sensación más vívida é intensa. Además, el hombre experimenta dos clases de sensaciones: una de orden moral y otra de orden material ó físico. Los animales superiores tienen también sensaciones morales, además de las físicas, pero son de un orden mucho menos vívido que las del hombre. Los animales inferiores apenas si dan muestras de experimentar rudimentarias sensaciones morales, y en la planta y el mineral no percibimos de ellas rastro alguno. La planta y el mineral sólo dan muestras de experimentar sensaciones materiales ó físicas, y éstas, muy especialmente en el mineral, apenas son perceptibles. Sea como fuere, todos los seres, por el mero hecho de ser tales, experimentan sensaciones, bien sea de una ó varias clases, y esto en una gradación infinita, tan infinita como el número de los mismos que pueblan los ámbitos del Universo.

Ahora bien: siendo el hombre un sér más consciente y sensible que el animal, el animal que la planta y la planta que el mineral, cuando en esta escala descendente llegamos á este último, vemos que casi no da señales de conciencia ni sensibilidad, y esto lo vemos en un sér (porque el mineral es un sér como otro cualquiera, dado que en él mora la Vida) que, según nos enseña la Teosofía, hace muchísimos millones de años que progresa y evoluciona (es decir, quien progresa y evoluciona es la Vida que en él se halla encerrada). Descendamos algunos

eslabones más de esta escala evolutiva; salvemos con el pensamiento esos millones de años de progreso y no ha de sernos difícil percibir á la Vida en su eterno é incesante movimiento, pero sin tener conciencia ni sensación del mismo. Si la conciencia y la sensación decrecen tan enormemente desde el reino humano al reino animal, desde éste al vegetal y desde el vegetal al mineral, debemos forzosamente admitir que este decrecimiento continúa, y, si es así, llegaremos á un punto ó estado que será el de la perfecta inconsciencia é insensibilidad. La Vida en este estado se puede comparar á una máquina puesta en movimiento, la cual ejecuta sus revoluciones sin tener conciencia ni apercibirse de ello, pero con la por demás importantísima diferencia de que la máquina ha sido puesta en movimiento por alguien, en tanto que la vida se mueve por sí misma, lo es Todo y lo llena Todo. Ella es la Causa sin causa, la Fuerza motriz que genera y da vida á todos los mundos y seres, y cuyo modo de ser y obrar escapará eternamente á la penetración de todos los hombres, ángeles y dioses por elevados que sean. Los seres podemos percibir en mayor ó menor escala, y cada uno de nosotros según sea nuestra elevación y progreso, cómo obra la Vida, pero jamás sabremos por qué obra de la manera que obra.

Bien se nos alcanza, sin embargo, que al decir que la Vida es insensible y la Conciencia Absoluta inconsciente, esta afirmación choca con la idea que tenemos formada del modo de ser de las cosas, puesto que entraña, al parecer, una manifiesta contradicción el afirmar que la Vida Única, de la cual se derivan las múltiples é infinitas vidas que son sensibles, es insensible, y que la Conciencia Absoluta, que es el Origen y Causa de todas las conciencias individuales que son conscientes en mayor ó menor grado de que poseen esta conciencia, es inconsciente. Pero, á nuestro modo de ver, no puede ser de otro modo, porque si la Conciencia Absoluta fuese consciente y la Vida Única sensible, y, dicho sea de paso (Conciencia Absoluta y Vida Única son los dos aspectos de una sola y misma cosa, esto es, ESPACIO), entonces las cosas y seres no serían tales como son. No percibiríamos esas imperfecciones que son la causa de tanto dolor y sufrimiento como experimentamos todos los seres sin excepción. No habría necesidad de evolución alguna, puesto que todo cuanto emanara de Ellos debería forzosamente ser perfec-

to, dado que no es posible concebir que de una Causa conscientemente perfecta emanaran seres tan lastimosamente imperfectos como somos los hombres. Sería cosa horrenda suponer é imposible de imaginar, que una causa que es consciente de Su Omnipotencia se entretuviera en emanar de Sí seres imperfectos, con el objeto de que alcanzaran una perfección eternamente relativa, por medio de dolores y sufrimientos sin cuento, y á través de períodos de tiempo que bien pueden ser calificados de eternidades. No; una Causa Omnipotente, consciente de Su Omnipotencia, no puede ser mala, no puede emanar seres imperfectos para condenarlos al sufrimiento durante períodos inacababIes. Una Causa Omnipotente, por el mero hecho de ser tal ha de ser forzosamente buena, puesto que la Omnipotencia y la maldad se rechazan, no pueden ir unidas, no caben dentro del círculo del humano pensamiento, ni del más rudimentario principio de la lógica y espíritu de justicia. Una Conciencia consciente y Omnipotente se daría cuenta de los sufrimientos y miserias á que se hallan condenados los seres que emana, y, en este caso, ó no los hubiera emanado, ó, de hacerlo, los hubiera hecho iguales á Sí Misma, ya que siendo Omnipotente estaba en su mano hacerlo.

José GRAÑÉS

(Se continuará.)

Notas, Recortes y Noticias.

La momia del ministerio. En torno de una de las momias más notables del Museo Británico, se ha formado no ya una superstición, sino un verdadero culto, y algunos de los periódicos de Londres han publicado numerosas cartas de creyentes, citando los casos en que sus súplicas y oraciones á la momia han sido satisfechas, ni más ni menos que si las hubieran dirigido á la imagen más milagrera.

Pensaban los egipcios que las almas de ciertas personas muy favorecidas por los dioses, conservaban para siempre dominio y poder absolutos sobre los cuerpos que habían ocupado durante su residencia en la tierra, y sobre ésto se han basado multitud de novelas modernas. Los creyentes en los milagros de la mo-

mia del Museo Británico están persuadidos de que en ella se ha operado uno de esos milagros de reencarnación.

Amon-Ra era el dios ante el cual ministraban las mujeres, y tan sagrado era el oficio de éstas que sólo era permitido á las damas de alta alcurnia. Muchas de las sacerdotisas de Amon eran esposas ó hijas de faraones. Primera entre ellas fué hace cosa de 3.000 años la hermosa Katebet, mujer de elevada estatura y de facciones llenas de majestad, cuya momia es la que hoy puede verse en el Museo Británico, y á la cual rinden el culto que hemos dicho unos cuantos centenares de inglesas más ó menos místicas ó más ó menos chifladas.

La verdad es que las cosas que ha hecho hasta ahora la momia de la sacerdotisa son para llamar la atención. Es seguro que cuando la depositaron en su tumba hace treinta siglos, Katebet aspiraba, como toda egipcia bien nacida, á que la dejaran dormir en paz por los siglos de los siglos, y si los dioses le otorgaron el privilegio de que su alma velara eternamente sobre sus despojos mortales, su indignación y su ira debieron ser grandes, cuando hace años un sacrílego arqueólogo la sacó de su sepultura y la vendió á un opulento inglés de Londres.

La venganza de la sacerdotisa no se hizo esperar.

Durante la travesía de Egipto á Inglaterra, se levantó un temporal furioso en que estuvo á punto de perderse el buque, y un golpe de mar arrancó de sobre cubierta al atrevido arqueólogo, y lanzándolo á las olas lo sepultó en ellas para siempre. El inglés á cuyo museo particular iba destinada la momia, disfrutó muy poco tiempo de su adquisición: de repente, en plena salud y en la flor de la vida, halló una muerte violenta en un accidente. Su familia empezó á inquietarse de la mala sombra que evidentemente traía la sacerdotisa egipcia y se apresuró á regalarla al Museo Británico. Los embaladores, los carpinteros y hasta los mozos que ayudaron á empaquetar la momia, sufrieron todos ellos percances misteriosos.

Cundió con esto la fama de la momia, y uno de los fotógrafos más conocidos de Londres obtuvo permiso para poder fotografiarla.

No bien cogió su ayudante el pesado ataúd para levantarlo, cuando lanzando un grito lo soltó más que á prisa; de la manera más inexplicable se había cogido un dedo lastimándoselo hasta el punto que hubo que llamar á toda prisa á un médico. Se

hizo, sin embargo, la fotografía; pero al llegar á su casa el fotógrafo se encontró con que su hijo menor, jugando en el jardín, se había subido sobre los cristales de una estufa y los había roto, cayéndose dentro y haciéndose horribles cortaduras. El accidente había ocurrido á la misma hora en que él estaba haciendo la fotografía. Pero lo más notable es que al revelar ésta, apareció detrás de la pintada máscara que hay sobre la cubierta de los ataúdes egipcios, la cara verdadera de la momia, con una expresión de vida tan asombrosa, que el fotógrafo, sobrecogido de terror, dejó caer al suelo la placa, que se hizo mil pedazos.

Los escépticos piensan que fué una verdadera lástima la destrucción de tan notable retrato.

No se ha necesitado más para que el culto, que ya germinaba en muchos espíritus supersticiosos, se haya convertido en realidad, y hoy día hay en Londres una porción de devotos de la sacerdotisa Katebet, que creen firmemente que el alma de ésta ha vuelto á su cuerpo. A ella acuden como los griegos al oráculo de Delfos. Se arrodillan á sus pies, concentran el pensamiento, expresan mentalmente su deseo y esperan á que conteste la momia. Si ésta mueve la cabeza, es señal de que accede á lo que se le ha pedido; si permanece inmóvil, es que lo niega.

Y el caso es que la momia mueve á veces la cabeza, lo cual explica la gente del Museo diciendo procaz é incrédula, que para la calefacción de aquellas salas se emplea un poderoso dinamo, cuyas trepidaciones son las que hacen moverse á la sacerdotisa egipcia. ¿Háse visto mayor impiedad?

Los dones de las hadas. En otros días más felices, en que la virtud tenía constantemente su recompensa y el vicio su merecido castigo, vivía en medio de un inmenso y sombrío bosque de Noruega una gentil doncella, de talle tan airoso, de modales tan exquisitos, de habla tan dulce y delicada, que más parecía una princesita educada con todos los refinamientos de la vida cortesana, que la hija de un pobre leñador, que la dejó huérfana á los siete años, y de una modesta mujer que había asumido heróicamente la tarea del padre desaparecido y la suya propia para cuidar y educar á Iveta, encanto y luz de sus ojos.

Vivían tranquilos y felices, disfrutando de esa paz inalterable, de ese alegre *festín interior* que es premio y recompensa de

quienes ajustan su vida á las leyes de la virtud y el bien.

¡Brindábalas el bosque con los frutos necesarios para su frugal mantenimiento, con la plácida soledad que sólo turbaban los pajarillos con sus trinos y los elementos de la naturaleza con esa sinfonía universal que empieza en el zumbido del insecto, llega al concierto inimitable de los vientos y alcanza su *crescendo* en el ordenado rodar de los mundos por la inmensidad sublime del espacio!..... Con el panorama siempre igual y siempre nuevo de los efectos de la luz y de la sombra, desde el poético amanecer en que van apareciendo los contornos borrosos de las cosas, velados por la niebla, no del todo disipada, hasta el incendio multicolor de la puesta del sol, en que reverberan los matices todos del espectro con prodigios de color que no ha copiado jamás la paleta de pintor alguno!.....

Pero..... como todo termina en el mundo, y la dicha más pronto que otras cosas, Iveta tuvo un día el dolor, para ella no comparable á dolor alguno, de ir por la mañana á la cama de su madre á besarla y darla los buenos días, y oir con el corazón palpitante de angustia que su madre no podía levantarse porque un fuerte dolor le impedía todo movimiento en la pierna derecha. Desesperada regó con sus purísimas lágrimas la pierna dolorida, sin lograr con ello la mejoría anhelada; frente á frente de aquella grave contrariedad, con su resolución superior á sus cortos años, decidió ser la madre de su madre, porque sólo en una madre cabría la abnegación, la constancia, la ternura infinita, con que Iveta atendía y consolaba á la pobre viejecita. Pero todo fué inútil; siguió su marcha el mal y la pierna de la anciana quedó inmóvil definitivamente. Iveta, alentada por su cariño inmenso, no perdía jamás la esperanza de que aquella pierna recobrase la movilidad, y en su afán de que esto ocurriese, soñaba despierta, viendo á su buena madre que paseaba apoyándose en su brazo, recorriendo nuevamente las sendas que tantas veces habían repasado en más alegres días. Una noche en que relataba un cuento infantil, un cuento de hadas, á su madre idolatrada, ésta se había adormecido, é Iveta suspendió el relato entregándose á sus embriagadores ensueños; de pronto sintió un rumor sutil, algo muy ténue, muy delicado, como el aletear de mariposas por entre flores de cristal; surgió una luz en la penumbra, y una joven de belleza milagrosa apareció ante sus ojos asombrados..... «¡Calla, no se despierte!» la dijo la apa-

*

recida, señalando á la anciana dormida, con una voz que hacía pensar en una lluvia de perlas sobre un racimo de campanillas de plata. «¿Qué queréis?» la preguntó Iveta, más con el corazón que con los labios. «Quiero tu bien; menos la curación de tu madre, que no está en mi poder; pídeme lo que quieras.» Iveta, al oir aquello reflexionó, ¿qué podría pedir, que no fuese la curación de su madre, ella que no necesitaba nada? Algo tenía que ser relacionado con esta esperada cura, saber siquiera cuando ocurriría. Lo preguntó al Hada, mas ésta le respondió que no podía hablarle nada, que tenía que limitarse á pedirla un don, en la seguridad de que sería concedido. Iveta, algo afligida por no conocer la ansiada fecha, pidió un espejo en el cual leyese el porvenir, pensando de este modo averiguarlo. «Lo tendrás—le contestó el Hada—, pero no te lo mandaré solo», y desapareció. Segundos más tarde se presentó en la habitación un gnomo, que hizo entrega á Iveta de una primorosa caja de madera; la abrió rápidamente y encontró en su interior el maravilloso espejo prometido; pero había algo más: había un martillo de plata, y sobre el espejo un pergamino que, con caracteres desiguales, trazados por una mano angustiada, decía: *¡Rómpelo!* Y entonces Iveta rompió el espejo, cumpliendo el consejo del Hada; consejo que valía más, infinitamente más que el espejo mismo.....

Una nueva Bernardeta. La niña Susana Bertin, de diez años, natural de Conde-sur-Suippe (Aisne), se educó con sus abuelos, M. y Mme. Osselin, ricos labradores, con los cuales vive aún en Ourroy, á algunos kilómetros de Compiegne.

Su padre, que es mecánico, habita en Boulogno-sur-Seine.

El año pasado, el 14 de Julio, Susana Bertin se hallaba guardando una cabra que pastaba en un campo contiguo á la casa de su abuelo, cuando—según cuenta ella—del tronco de un olmo centenario vió salir una luz cegadora, y poco después dibujarse con toda claridad una forma humana suspendida de una rama del árbol.

Asustada Susana por esta rara aparición, echó á correr con todas sus fuerzas en dirección á la casa, diciendo á sus abuelos que no llevaría más la cabra á pastar á aquel sitio.

Como éstos le preguntaran la causa, concluyó por contarles, toda temblorosa, lo ocurrido. Los abuelos se echaron á reir y no concedieron la menor importancia al relato de la niña.

Ocho ó diez días después Susana se atrevió á volver cerca del árbol, y entre sus ramas, según contó después, volvió á ver la «señora» que la primera vez se le había aparecido.

Después las apariciones se hicieron frecuentes.

Hemos preguntado á Susana Bertin detalles precisos, aunque nada sea tan impreciso como lo irreal.

La niña empezó por indicarnos con exactitud la rama del árbol sobre la cual se le había aparecido Juana de Arco; porque era Juana de Arco la misteriosa «señora».

Después nos contó con todos sus detalles el fenómeno que sólo ella, á un tiempo encantada y temerosa, había presenciado.

He aquí sus declaraciones textuales:

—La primera vez que vi á la «señora» me dió mucho miedo, y cada vez que se me aparece me late muy fuerte el corazón.

—¿Y te habla la «señora»?

—Sí, señor; oiga usted lo que me dijo el año pasado, cuando se me apareció por segunda vez: «Susana, Susana—me dijo—, va á haber una gran guerra, á la que seguirán el cólera, la fiebre amarilla, la fiebre negra y una plaga de moscas infecciosas (sic). Roma, Messina y sus alrededores se hundirán en la tierra. Susana, yo te mando que vayas á bendecir la bandera francesa y las armas de guerra.»

—¿Te lo dijo así?

—Sí, señor, y me lo repite muy á menudo.

Después de tomar nota de que la conversación de la pretendida Juana de Arco es poco variada, seguí preguntando á la niña:

—¿Cuántas veces se te ha aparecido la «señora»?

—Quince desde primeros de año.

—¿Y no le has hecho ninguna pregunta?

—Sí; le he preguntado: ¿Quién sois? Y me ha contestado: «Soy Juana de Arco, mártir». Desaparece á los cinco minutos y viene y se va, envuelta en una claridad semejante á un relámpago.

—¿Y cómo está vestida Juana de Arco?

—Trae una armadura que parece de plomo. Los cabellos le llegan hasta los hombros, y los lleva partidos en raya sobre la frente. Trae, además, un gran sable, una corona de puntas agudas como los dientes de una sierra, y un ramo de laurel.....

—¿Y nunca te dice nada más?

—Sí, pero no la entiendo.

—¿Y cómo es su voz?

—Tiene la voz de un niño; una voz muy dulce, que parece un cántico.....

Y con esta pregunta pusimos fin á la interviú.

MOVIMIENTO TEOSÓFICO

PRESIDENCIA

Sr. D. Manuel Treviño y Villa.

Secretario de la Rama de Madrid de la S. T.

Mi querido amigo y hermano: Por la presente vengo en poner en su conocimiento que he acordado la suspensión de las reüniones oficiales de la Rama de Madrid hasta el 15 de Octubre en que volverán á celebrarse aquéllas.

Siempre que lo exigieren las circunstancias podrá usted convocar á junta con carácter oficial. Ruego á usted dé á todos los miembros de la Rama de Madrid conocimiento de la presente.

Suyo muy fraternalmente

José Xifré

Presidente de la Rama de Madrid.

Madrid 30 de Junio de 1909.

Á los MM. de la S. T. en España. Queridos hermanos: Cúmpleme, ante todo, expresaros mi agradecimiento por la cordial acogida que habéis dispensado á mi Circular de 20 de Abril último, en la cual exponía á vuestra consideración la idea, que creía ventajosa, de unirnos directamente á la Presidencia, y que mereció vuestra aprobación.

El mismo día que se votaba mi proposición conversaba yo con nuestro digno Presidente, Mrs. A. Besant, y le informaba de mi propósito, así como del acto que quizá en aquellos mismos momentos estaban realizando todos los MM. de la S. T. en España, lo que mereció su absoluta aprobación, encareciéndome le comunicara el resultado tan pronto como me fuera posible.

El día 26 llegó á mi poder la copia del acta del escrutinio,

según la cual habían tomado parte en la votación 52 miembros y se había aprobado, por unanimidad, el separarse de la Sección Británica, gratísima noticia para mí, que me apresuré á comunicar á Mrs. Besant, quien en seguida me escribió felicitándonos y felicitándome por el acertado paso que íbamos á dar los teosofistas españoles.

Transcurridos algunos días recibí instrucciones sobre este asunto y la siguiente carta de nuestro Presidente:

«President's office.

Budapest, 3-6-09.

I hereby appoint Sr. D. José Xifré, as Presidential Agent for Spain, with authority to represent me in all respects in matters affecting the Teosophical Society in Spain.

Annie Besant, P. T. S.»

Cuya traducción es como sigue:

«Por la presente nombro á D. José Xifré Agente Presidencial para España, con autorización para representarme en todo lo que se refiera á asuntos relacionados con la Sociedad Teosófica de España.

Annie Besant, Pres. Soc. Teos.»

Esta disposición de nuestro Presidente me sorprendió, pues aun cuando desde un principio no se me ocultaba que en el caso favorable, de ser aprobada mi proposición, se hacía preciso nombrar á algún miembro para representar á la Presidencia, ya que aún no constituímos Sección, creí que entre nosotros podía designarse á otro que más hábilmente, ó con tanto entusiasmo como yo, cumpliría tan delicada misión.

Nunca me creí con suficientes fuerzas para soportar la responsabilidad que implica un cargo como este, y así se lo comuniqué á Mrs. Besant, quien me respondió reiterando el nombramiento y alentándome con sus sabios consejos, por lo cual me limito á obedecer, esperando que todos vosotros me ayudaréis en la labor que hemos de realizar en lo sucesivo.

Según las instrucciones que al efecto me dió, lo primero que tenemos que hacer es lo siguiente:

1.° Las Ramas mandarán cada una una carta oficial, firmada por sus Juntas directivas, comunicando á Mr. Maud Sharpe, Secretario de la Sección Británica, 106, Bond Street, London, W., el acuerdo tomado de dejar de pertenecer á dicha Sección y unirse directamente á la Presidencia.

2.° Los miembros que no pertenezcan á una Rama deberán comunicar este deseo de separarse de la Sección Británica á la citada Secretaría; y

3.° Una vez que se hayan cursado estas comunicaciones, las Ramas y los miembros sueltos deberán remitir á D. Manuel Treviño, quien hará las veces de Secretario de la Agencia Presidencial, relación de sus miembros, especificando las fechas de los diplomas, para que yo, una vez reunidos estos datos, escriba al Secretario general de la S. T. para que nos incluya en las listas de miembros que dependen directamente de Adiar.

En lo sucesivo deben pagarse las cuotas directamente á dicho Secretario general.

Dado el celo y unánime entusiasmo demostrado por todos con la determinación que acabamos de tomar, creo inútil encareceros la importancia y facilidades que en lo sucesivo tendremos para el desarrollo de nuestros trabajos, y la necesidad de que sigamos, como hasta aquí, incansables, unidos y decididamente consagrados al conocimiento y difusión de las enseñanzas de nuestro maestro H. P. B.—*José Xifré*. Agente Presidencial para España.

Madrid, 20 de Junio de 1909.

BIBLIOGRAFÍA

M. Roso de Luna.—*Evolutions solaire et series astro-chimiques.*—París 1909. 1 vol. 4 francos.

El Liberal, entre otros periódicos que se han ocupado de la obra de nuestro amigo y hermano, D. Mario Roso de Luna, ha dicho en un sentido y cariñoso artículo, que le ha dedicado, lo siguiente, que insertamos con verdadero gusto:

«*Un libro de Roso de Luna.*—Nuestro querido compañero, «rara avis» del periodismo científico, acaba de publicar en París un trabajo originalísimo titulado *Evolutions solaire et series astro-chimiques*.

»La obra de nuestro amigo simboliza en el fondo el tendido de un puente entre la Astronomía occidental y las ideas cosmogónicas de indos, caldeos y egipcios, restos de una ciencia prehistórica, perdida entre el abigarrado ropaje tradicional de los mitos.

»Nuestra actual Astronomía, construída sobre sólidos cimientos matemáticos es, en efecto, una como anatomía del sistema solar ó planetario; pero desprovista aún de su correspondiente fisiología ó biología, ya que los astros, asientos de vida, deben estar sujetos, como seres de aquí abajo, aunque lo ignoremos todavía, á la gran Ley de la Evolución que el Cosmos preside.

»Roso de Luna esboza en su libro algo que es, con más ó menos defectos, un avance hacia esa biología, porque, apoyado en los elementos matemáticos asignados por Leverrier á planetas y satélites, se atreve á formular la primera clasificación evolutiva que conocemos en los astros del firmamento. Seguramente que, la proverbial modestia de nuestro amigo no le ha hecho soñar jamás en hombrearse con los Hauy, los Linneo ó los Cuvier; pero es lo cierto que si éstos ensayaron sobre minerales, vegetales y animales clasificaciones que se han hecho clásicas, y gracias á las cuales las respectivas ciencias se han sistematizado, rompiendo empirismos, no es lo mismo que hoy, á partir del trabajo que reseñamos, comienzan á agruparse por familias los múltiples planetas que giran en torno del sol, y mediante caracteres tan calificados como son: la dependencia laplaciana, la masa, el volumen, la densidad, las rotaciones, las revoluciones anuas, los satélites, etc., de soles y planetas.

»La obra lleva ciertamente á todos ellos el espíritu matemático de serie, permitiendo hasta el sospechar la existencia de satélites desconocidos y abarcarlos á todos en una verdadera síntesis biológica.

»Dentro de la tendencia actual de considerar al átomo como á un ion positivo, á guisa de sol, cortejado por electrones negativos, al modo de planetas, la obra de nuestro amigo establece curiosísimas correlaciones químicas y un principio serial ó evolutivo capaz de conciliar á los partidarios y á los impugnadores de la clasificación periódica de Mendeleeff y diseñar ulteriores posibilidades para el pasado geológico y mineralógico de nuestro planeta.

»La relación que estas cosas puedan tener con ciertas enseñanzas sánscritas es muy honda. Seguramente que el autor no tardará en decírnoslas en otro trabajo, ya que en éste apenas si apunta algunas ideas finales, con toda la «mala intención» de aquel que, hablando á positivistas, no ha querido salirse en el libro actual de los cánones matemáticos de la más estrecha ortodoxia científica, siquier lata en todo él un tremendo empuje espiritualista.

»El librero Pueyo tiene á la venta los cortos ejemplares de la actual edición francesa, en espera de lanzar pronto la edición española de obra tan peregrina, que será impugnada, sin duda, en muchos puntos, pero que á ningún hombre de ciencia podrá serle indiferente.—X.»

* * *

Recordatorio de la desencarnación de D.ª Amalia Domingo Soler.
Carbonell y Esteva, Barcelona, 1909.

Hemos recibido un ejemplar de un hermoso Album-Recordatorio que contiene siete preciosas vistas del entierro de la celebrada cantora del Espiritismo, D.ª Amalia Domingo Soler, y además los retratos de ésta en vida y el de su cuerpo terrenal, una vez lo abandonó tan elevado espíritu.

Estas preciosas láminas están tiradas en papel couché y pueden ser separadas del Album para colocarse en cuadros.

Flores del Alma. —Album de poesías dedicadas por D.ª Amalia Domingo Soler á su fiel Rosa Bertrán y Floris. Carbonell y Esteva, Barcelona, 1909.

La simpática joven que durante veintitrés años ha estado al cuidado de la insigne escritora, gloria del Espiritismo, D.ª Amalia Domingo Soler, acaba de publicar, reunidas en un elegante volumen, las poesías que la insigne poetisa le dedicó durante el largo tiempo que le prestó sus cuidados.

Este elegantísimo volumen va precedido de un bien escrito prólogo del que fué médico de cabecera de D.ª Amalia, el ilustrado Dr. D. Santiago Roure.

El volumen de que nos ocupamos lleva por título *Flores del Alma,* y va adornado con el retrato de D.ª Amalia Domingo Soler.

San Sebastiana Esperantista Grupo Teosofista.

Oni invitas chiujn esperantistojn teosofistajn, korespondadi esperante pri aferoj rilatantaj al nia scienco, kaj ni ankau proponas traduki chiujn teosofistajn artikolojn de fremdaj samideanoj, por ilin publikigi en la hispana revuo *Sophia.* Ni proponas nian kunlaboradon en samespecajfremdaj revuoj.

Grupo Esperantista Teosófico de San Sebastián.

Se invita á todos los teósofos esperantistas á corresponder en esperanto sobre asuntos relacionados con nuestra Ciencia, y también nos ofrecemos á traducir al español todos los artículos de extranjeros que se nos remitan en esperanto, para publicarlos en nuestra Sophia. Colaboraremos del mismo modo en revistas extranjeras de igual especie.

Artes Gráficas. J. Palacios. Arenal, 27.